

El magisterio del arte

Artículo de Paul Anel en DPCA

1. Un encuentro inesperado

Desde los comienzos de la Obra, no hemos cesado de buscar maestros, de ponernos a la escucha de aquellos que podrían ayudarnos a vivir la compasión. Los hemos reconocido primeramente en los pobres, en los niños que encontramos. Su simplicidad, su manera de acoger todo con los brazos abiertos, sin poner barreras ni límites a la vida... Con ellos comenzamos a aprender aquello a lo que estamos llamados. Después, en la Iglesia misma, hemos encontrado rostros que iluminaron nuestro carisma. Juan Pablo II, Don Le Saux, Luigi Giussani, Maurice Zundel, Adrienne von Speyr: tantos nombres que se tornaron familiares. Pero desde hace un tiempo otros nombres, que hasta entonces sólo habían aparecido ocasionalmente y de manera anecdótica, han venido a alargar la lista de nuestros amigos. Son los nombres de Chagall, Matisse, Dostoievski, Michel Ciry, Salgado y Tarkovski, y tantos otros.

Este interés nuevo que tenemos por los artistas – de lo que testimonia, entre otras cosas, en estas páginas la rúbrica "*Ouverture*" – en muchos ha suscitado un buen número de preguntas, incluso de objeciones. "Sí, entendemos los pobres, los santos y los teólogos pero ¿qué puede enseñarnos un artista sobre la compasión? ¡Que yo sepa, a menudo no han brillado ni por su virtud, ni por sus escritos espirituales, tampoco han dejado el recuerdo de haber sido modelos en filantropía! Además, ¿qué hay de en común entre las *favelas* donde viven y las lujosas galerías de arte? ¿Acaso Puntos Corazón no debería conducirles a un cierto despojamiento?" Semejantes interrogantes, bien legítimos, testimonian sin embargo de una concepción del arte que es, lamentablemente, bien común: el arte es una diversión que, aunque noble y estimable, pasa al lado de la vida, al margen del drama. Aquel que, a contracorriente de esta opinión, se acerca al artista con un corazón de niño preguntándole de qué fuente hace brotar la belleza, se prepara para hacer el encuentro, tan conmovedor como inesperado, de una realidad totalmente nueva...

Hay un índice que nos pondrá tras la pista de un sorprendente parentesco entre estas dos experiencias: de un lado la compasión, la que desde hace años vivimos en nuestros barrios, en nuestros lugares de trabajo y en nuestras universidades, y por otra parte la experiencia a la que nos invita la obra de arte, la de admirar, de contemplar una obra. Qué Amigo de los niños no ha escuchado un día, de parte de alguien cercano, de un familiar o de un amigo, esta eterna objeción: "Vas allí donde los niños faltan de todo, faltan de educación, de estructuras, de un techo, a veces incluso de comida... ¡Vas donde hay tantas buenas obras para hacer! Y sin embargo me dices que tu misión será simplemente estar allí, jugar con los niños, perder el tiempo con los adultos tomando un café. Para una pérdida de tiempo, ¡es realmente perder el tiempo!". En efecto, nuestra sociedad funciona esencialmente bajo el criterio de la eficacia, de la productividad, a tal punto que todo lo que escapa a esta lógica es rechazado como inútil. No obstante, hay otro lugar que se mantiene imperturbablemente alejado de esta carrera frenética: el arte, que defiende celosamente el privilegio de ser inútil. ¿Acaso hay algo más inútil, más improductivo, que pasar una hora en compañía de Mozart? ¡Qué tiempo perdido es el que se pasa contemplando *La noche estrellada* de Van Gogh! La simple presencia... La simple mirada... Aquel que corre tras los bienes de este mundo sin tardar hará su juicio con respecto a estos objetos extraños: delito de ineficacia y de pérdida de tiempo. Aunque en realidad se trata de un bien tan querido, tanpreciado, que la vida sin éste no es más que una sombra de vida. Un bien que el corazón del

¹ NdT: Se refiere a la sección "Apertura" de la revista en francés "De un Punto Corazón al Otro"

hombre desea por encima de toda cosa y en toda cosa, tanto que el mundo sin este bien cesaría de girar; un bien que, sin embargo, no se compra ni se vende, cuya esencia misma es la gratuidad: este bien es la belleza.

No cabe la menor duda de que el artista consagra su vida a la belleza. Todo su trabajo lo testimonia. Es por esta belleza que él vela junto al lecho de su tela o de su mármol, que no se concede descanso, como Hélène recomenzando mil veces su obra, el artista retomará mil veces el mismo rostro, el mismo paisaje, intentando en cada pincelada interceptar un poco más la belleza, buscando sus trazos como tanteando entre las formas de este mundo. Y ahí tenemos a la obra que testimonia de esta búsqueda inquieta y apasionada, esta obra que escuchamos con reverencia y maravillados, así como escuchamos a un amigo que nos habla de un país lejano.

Sin lugar a dudas, el artista trabaja al servicio de la belleza. Y de Puntos corazón, ¿podemos decir lo mismo? ¿Cuál es la belleza que buscamos, y qué obras lo testimonian? Es verdad que nuestros barrios ofrecen con frecuencia, al menos a primera vista, un espectáculo poco digno de admiración. A la fealdad de la miseria se agrega aquélla, peor aun, del vicio, de la violencia y del miedo. Y a pesar de ello, nuestros ojos perciben poco a poco una extraña belleza, una belleza que nos sorprende más de lo que esperábamos. ¡Es la belleza de nuestros amigos, de esos niños que tal vez andan descalzos pero cuyos corazones están vestidos como Salomón, en todo su esplendor, nunca se vistió! Es la belleza de esta señora anciana, cuyo rancho es un gran vacío pero cuya mirada mendiga el único bien verdadero. La amistad: ésta es nuestra obra prima, el testimonio infalible de la belleza que buscamos a tientas en las calles de nuestros barrios y por la cual sin descanso, nosotros también, queremos trabajar. Una belleza que nunca nos para en nuestro impulso, que al contrario nos invita a mirar más lejos, como un milagro, un sacramento². Obra de arte que brota de la piedra en un taller, obra de arte que brota de la carne en una amistad... Aunque el método es diferente es siempre hacia la misma belleza que todos miramos, hacia la cual aspiramos. Maurice Zundel expresa esta única búsqueda en palabras que no sabemos si son dirigidas a los artistas o a los Amigos de los niños: uno se inclina sobre su amigo, el otro sobre su objeto, los dos "*buscan comulgar profundamente con su misterio para percibir la Presencia que le fascina en él y volverse capaz de comunicarla*". ¿A qué misterio comulgaba Van Gogh cuando pintaba su *noche*? ¿Qué habrá visto que nosotros no vemos? Muchos seguramente encontrarán allí sólo la despreocupación de un alma romántica. Pero la alegría centellante de sus estrellas se desprende de mucha tinieblas y tormentos... ¿Habrá que sufrir tanto para mirar así?

2. Arte y compasión

Cuando se quiere comprender una realidad, sea cual sea, siempre es útil orientarse hacia la fuente, preguntarse dónde y cómo ésta ha comenzado. ¿Cómo el artista se vuelve artista? Si se le pidiera a un jefe de empresa que nos contara como llegó a ejercer ese oficio, nos hablaría seguramente de su predisposición para el trabajo en equipo y de su pasión, de niño, por los neumáticos, de sus primeras experiencias de responsabilidad, de los estudios que eligió y que, poco a poco, lo orientaron en esta vía... En contrapartida, cuando un artista debe responder sobre su vocación, el discurso es completamente distinto. Lo que primero valorizará no será tanto sus gustos, sus talentos o sus opciones, sino más bien el hecho de haber sido él mismo alcanzado, atraído, elegido. En su diálogo intitolado *Crátilo*, Platón remarca que la palabra belleza, en griego *kalos*, posee la misma raíz que el verbo llamar, *kalein*. Lo propio de la belleza, concluye el filósofo, es atraernos, llamarnos, seducirnos. La belleza nos maravilla, nos sorprende, provoca en nosotros estupor y sorpresa. Tiene el brillo y la novedad que caracteriza el misterio de todo encuentro. ¡Es verdad que a la belleza no la vamos a encontrar caminando con dos piernas por las calles! La belleza se da a nosotros en el brillo particular, único, de *ese* rostro, de *esa* tierra, de *esa* luz... Sin embargo, la realidad sólo desvela su belleza como el piano deja escuchar su música: como algo que está en la música y al mismo tiempo está más allá de ésta. "*Lo bello, escribe Santo Tomás, es el esplendor de lo verdadero*". Si la belleza me atrapa hasta

² Cf. Padre Thierry : Totum, *Cada encuentro es una gracia*.

ese punto, si me atrae y me seduce, es porque encuentra en mí el eco del deseo más profundo y más humano: mi deseo de sentido, de verdad. El gran teólogo ortodoxo Paul Evdokimov lo expresa con términos emocionantes: "*Comulgamos con la belleza de un paisaje, de un rostro o de una poesía como comulgamos con un amigo, y experimentamos una extraña consonancia con una realidad que nos parece ser la patria de nuestra alma, perdida y encontrada*". El artista es un hombre que se ha dejado seducir, atrapar por este misterio del ser y que desde ese momento se vuelve mendigo: mendiga esa parte de la belleza que se esconde en cada cosa como su íntimo secreto, en la mirada del niño como en el trigo que el viento ondea. Desde entonces él ya no se pertenece: pertenece a aquello que contempla.

Por lo tanto, sería equívoco imaginarse al artista como un hombre que vive en las nubes, poeta extranjero al mundo y a su drama. "*La belleza*, escribe Rilke, *no es más que el primer peldaño de lo terrible*". Es que aquel que se deja arrastrar por el movimiento de la belleza es irremediamente llevado por ésta hasta su cima, hasta esta cúspide de la realidad: el corazón del hombre. "*El esplendor de la verdad se refleja en todas las obras del Creador, pero de una manera particular en el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios*"³. Sea que pinte su silencio, esculpa su alegría o cante su nostalgia en los acordes de un violín, el artista es un hombre apasionado por el hombre. Descendiendo en su corazón encuentra su dignidad, su oración y su grandeza. Descendiendo todavía más bajo, encuentra su miseria, su pecado, el drama de una libertad capaz de abdicar hasta de su propia belleza. Aquel que no ve la luz, ignora lo que es la oscuridad. Aquel que no fue alcanzado por la grandeza y la belleza del hombre, es poco capaz de comprender la miseria y el drama. El poeta Antonin Arthaud, que ha sentido, casi hasta la locura, este desgarramiento en el hombre, experimentaba un gran consuelo en la amistad con el escritor Bernanos, en quien Arthaud reconocía un "*hermano en dolorosa lucidez*". En una de las escenas más dramáticas de su película *Andrei Rublev*, Tarkovski nos muestra el dolor inmenso en que se sumerge el corazón del artista cuando éste abre los ojos sobre la profundidad del pecado que desfigura el corazón del hombre, su propio corazón: "*¿Necesita todavía el hombre de la belleza?*"

Por su propia vocación el artista es conducido al corazón del drama. Y no es llevado en calidad de simple espectador o de actor secundario: es él mismo, es toda su humanidad que está comprometida en la batalla. Quien busca huir del barro del mundo se mantiene alejado de la realidad y de esta manera él mismo se impide escuchar el murmullo, el secreto. Aquel que sabe el valor de la perla, no teme meter las manos en el barro a fin de encontrarla, extraerla y ponerla a la vista de todos. "*Un artista no puede expresar el ideal moral de su tiempo si no toca sus heridas más sangrientas, si no las vive ni las soporta en sí mismo*"⁴. Es sin duda esto lo que más nos fascina en la figura de un Dostoievski, de un Mozart o de un Tarkovski: un compromiso con toda la realidad, una mirada que no quiere huir de nada, que no quiere censurar nada, pues está sostenida por la certeza de que esta belleza que ha alegrado sus corazones, por la que trabajan y suspiran, esta belleza puede ser verdaderamente bella sólo si es el esplendor de una verdad que abraza todas las cosas, desde las más grandes a las más pequeñas, y que extiende su luz hasta el fondo del drama, hasta lo más negro del pecado.

Si el asombro primero frente al misterio del ser es la fuente de donde brota, siempre fresca, siempre nueva, la vocación del artista, éste recibe en cambio su mandato, su misión, en la dolorosa confrontación con todo lo malo y vil que el mundo y nuestro corazón cargan. En una entrevista realizada poco tiempo después que el ateísmo, que ganaba su tierra y su pueblo, lo enviara al exilio, Andrei Tarkovski, lejos de escandalizarse, encuentra en este drama el llamado profundo de la misión que lo anima: "*Cuanto más mal hay en el mundo, más razón hay de hacer obras bellas. Es sin duda más difícil, pero es también más necesario*"⁵.

En el jardín del Edén, antes de la caída original –si es permitido razonar así– cada cosa transparentaba la belleza, el hombre y la naturaleza estaban desnudos bajo la mirada de Dios. El pecado ha vuelto todo opaco.

³ Juan Pablo II, Introducción de *Veritatis Splendor*

⁴ Andrei Tarkovski, *El Templo sellado*.

⁵ Andrei Tarkovski, *Entrevista*.

En el corazón del hombre, los vestigios de la antigua belleza están desde entonces escondidos bajo la duda y el miedo. A pesar de las tinieblas exteriores e interiores, el artista tiene por misión guardar la mirada puesta en la belleza que se asoma en silencio entre las sombras de este mundo. De esta manera el artista nos recuerda que no estamos definidos ni por el miedo, ni por la violencia, ni por ninguna clase de mal, sino por esta misteriosa atracción que da a la vida aliento y razón. Sea que trabaje en medio del mundo o recluso en su taller, que esté cubierto de gloria o ignorado por todos, el artista es un hombre *para los otros*. Su vida es servicio. Por su vida y su mirada, por su trabajo y su obra, es la memoria del pueblo: *“¡No olvides aquello para lo cual existes, aquello para lo que naciste! ¡No dejes que se apague en ti la sed y la búsqueda de la verdad!”* Así como el artista despierta nuestro corazón, nos ofrece también su vida y su obra como camino hacia la belleza que nuestro corazón desea, nos introduce en el encuentro que él ha hecho, en su propia mirada sobre la realidad. “¡Mira! ¡Escucha!”, nos dice a través de toda su obra. “Y ¿por qué mirar? -Porque vale la pena. Porque en el rostro de este niño, en esta calle gris y silenciosa, en esta mujer que allí trabaja, en estas curvas áridas de mi país: en todas partes escucharás, si sabes escuchar, el llamado de la belleza que tu corazón desea”.

3. “¡Hagan brotar la belleza!”

*“Lo que fascina en el encuentro con un verdadero maestro, con un verdadero educador, es la amistad que tiene con lo real sin ser su esclavo. Él introduce en esa relación justa a la cual el corazón humano aspira. Su simple presencia hace lo real abordable, progresivamente amigo”*⁶. Es en esta relación de amistad con la realidad que se reconoce a las personas maduras, adultas: ni aburridas por lo cotidiano, ni en pánico por lo imprevisto, ni indiferentes al sufrimiento de su prójimo ni celosas de la alegría ajena, observando todo con una mirada curiosa y benevolente. *“La contemplación se revela como enamorada de toda creatura, experimentando por ésta una ternura ontológica”*⁷. No existe un hombre que no quiera vivir esta humanidad, que no quiera asemejarsele. ¡Cómo quisiera ser capaz de mirar lo cotidiano de mi vida con esta misma ternura y la misma gravedad, ser capaz de ver lo que el fotógrafo Cartier-Bresson veía! Quien entra sin hacer trampas en el mundo del artista sale transformado, como es el caso de todo encuentro verdadero.

*Ubi amor ibi oculus*⁸ dice un antiguo proverbio latín. Allí donde está el amor, está la objetividad de la mirada, el “corazón que ve”⁹. El artista nos hace entrar en su pasión por la realidad y de esta manera él nos da ojos nuevos para mirarla, más penetrantes, más abiertos y más verdaderos. Este camino de la mirada representa la gran conversión de nuestra vida. Le preguntaron un día a Michel Ciry si no estaba aburrido de pintar siempre las mismas escenas, – la crucifixión, Emaús, la escucha de María Magdalena – si no pensaba a veces en renovarse. El respondió: *“Yo me renuevo sin cesar, pues la novedad no está en el hecho de cambiar de sujeto, sino en profundizar mi mirada sobre él”*. Esta renovación continua de nuestra mirada es una conversión a la gratuidad: un llamado a no mirar lo real con un criterio utilitario, sino simplemente por amor a su belleza. Como lo decíamos más arriba, es a esta misma gratuidad que nos forma el carisma de Puntos Corazón. Para convencernos sería suficiente escuchar la forma con la cual un Amigo de los niños presentaría un amigo de su barrio, al comienzo y luego al fin de su misión. Aquél al que sólo veía como un adolescente duro y provocador, como uno más entre tantos otros, se transforma algunos meses más tarde en su amigo, ese rostro único, que tal vez respira a duras penas tras su máscara, pero en quien se puede reconocer los signos de un real y profundo deseo de verdad.

El artista me introduce en una relación de amistad con la realidad, capaz de sufrir de su drama y de amar su belleza. De esta manera él obra como maestro, porque me muestra el camino de la madurez. Obra como

⁶ Padre Guillermo Trillard, *Arte de educar, arte de aprender*, DPCA n° 54

⁷ Paul Evdokimov, *Teología de la belleza*

⁸ « Allí donde está el amor, allí están los ojos ».

⁹ Benedicto XVI, *Deus Caritas est* n° 31 : « el programa del cristiano – el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús – es « un corazón que ve ». Este corazón que ve dónde el amor es necesario y actúa en consecuencia. »

educador, porque hace brotar de mí (*e-ducere*, “conducir hacia el exterior”) aquello para lo cual he sido hecho, mi verdadero rostro, lo que soy en verdad. El hombre es una obra inacabada, que espera para ser completada que nuestra libertad se ponga en marcha; que espera encontrar el artista que sabrá reconocer, escondido en el mármol, la obra de arte que aguarda ser desvelada. El artista nos enseña que la madurez del hombre no está -como muchas veces lo pensamos- en su autonomía material ni siquiera moral -tornarse un tal modelo de virtud para quien todo consejo, toda ayuda es superflua-. Esta madurez, para la que nuestro corazón está hecho y hacia la cual aspira, se expresa al contrario en una cierta calidad de la mirada, en una humanidad capaz de entrar en relación, en sintonía, con la realidad en lo que ésta tiene de más profundo y verdadero. Por esa razón la amistad es verdaderamente la obra de arte de un corazón maduro; por eso la capacidad de amistad, de escucha, de compasión, es el signo más bello de esta madurez.

“¡El hombre no ha nacido todavía! Tenemos a nuestra disposición lo que somos, que es algo dado, ofrecido gratuitamente; tenemos que hacer surgir de lo que somos esta obra de arte que estamos llamados a ser”¹⁰. Padre Thierry nos invitaba en una de las últimas editoriales a estar “enamorado de nuestra propia vida”¹¹: acaso hay amor más grande por su propia vida que aquel que consiste en transformarse en el artista de su propia vida, dejándose educar, en vista de ello, por los grandes maestros, por aquellos que trabajan desde hace tiempo para hacer de sus existencias una obra de arte ofrecida a la mirada de todos. En los santos y en los artistas hay una misma exigencia llena de amor, aunque intransigente, el sentido de una responsabilidad inalienable hacia su propia vida. Esta exigencia está muy lejos de todo moralismo; no nace de un proyecto sino que brota de un encuentro: es la exigencia de conformar su vida con la belleza que los ha atrapado y hacia la cual miran, y permitir así que, a través de ellos – a través de su amistad y de su rostro- muchos escuchen el llamado de la belleza y sigan sus pasos...

“¡Ustedes son artistas! Todos y cada uno, ya que pueden hacer surgir la belleza de la realidad que los rodea. Sea que estén en los barrios pobres más insalubres o frente a la persona menos amable, su mirada debe buscar, percibir la belleza escondida, esa belleza del ser. Así podrán revelarla. Este es su trabajo de artistas: sumérjense en los barrios, sumérjense en el corazón de sus amigos, ¡para hacer surgir esta belleza que sólo espera ser revelada!”¹². Como el artista, cuya contemplación maravillada no es fuente de aislamiento, sino al contrario de una misión que lo instituye servidor de todos, aquel que acoge para sí, en sí, el misterio de la belleza, que hace de su vida una obra de arte y de amistad, se transforma para todos en artista y servidor. Su mirada es su cincel, su corazón su taller. La amistad es la obra en la que se compromete por entero, y que es mil veces única y nueva a tal punto que puede ser mil veces repetida.

¿Existe acaso una experiencia más bella que ésta? La de ver el corazón más duro, la mirada más cerrada, la libertad más entumecida o rebelde, que se deja poco a poco (toda obra de arte es también obra del tiempo), al contacto con el amigo, ablandar como la arcilla rígida y fría en las cálidas manos del alfarero, hasta que muestra algunos signos de vida, como un corazón que comienza nuevamente a latir. *“Sumérjense en el corazón de sus amigos, para hacer surgir esta belleza que sólo espera ser revelada”*. Este es el oficio del artista, nuestro oficio de hombres, ¡el oficio más bello del mundo!

¹⁰ Zundel, *Otra mirada sobre el hombre*.

¹¹ Padre Thierry, « Enamorado de su propia vida », editorial de DPCA n°55

¹² Padre Thierry, *El magisterio del arte*, enseñanza en Nemilli